



Parlamento
de Canarias

La Presidenta

Carolina Darias San Sebastián Presidenta

Pregón de Fiesta de Cantabria



Las Palmas de Gran Canaria, octubre 22/2016

Hace unos años, el camino me llevó al valle y a la montaña sin saber por qué o quizás sí. No sabía qué buscaba, pero lo cierto es que la vida vuelve, casi siempre, donde empieza.

Buenas tardes, amigos y amigas. Saludos afectuosos para el presidente de esta Casa y su junta directiva, para quienes forman parte de ella y para todas las personas que nos acompañan en este entrañable encuentro.

Me gusta decir que las ciudades y los pueblos son reflejo de la vida de las personas que los habitan y de algún modo expresan los sentimientos de su gente. Y es así, porque a pesar del paso del tiempo, de la velocidad o del vértigo que marca los ritmos de comportamiento y que nos encaminan hacia ciudades y pueblos deshumanizados -y por qué no decirlo: al olvido- hay días, hay momentos en que casi todo permanece inmutable. La tradición se adueña de nuestro tiempo, de nuestra vida y el recuerdo y la añoranza del ayer se nos presenta vivamente en el presente.

Decía el escritor uruguayo Eduardo Galeano, en su obra *Días y noches de amor y de guerra*, que “la memoria guardará lo que valga la pena. La memoria sabe de mí más que yo; y ella no pierde lo que merece ser salvado”.

Y es absolutamente cierto. Verán. Nací en esta ciudad, en la calle López Botas en el seno de una familia canaria y cántabra que resultó ser tanto o más canaria que muchas de las de aquí. Recuerdo bien: aquella casa en torno a un patio compartido, que nos atraía y juntaba a toda la familia, a mis tías, a mis primos, a mi madre, a los que venían de Santander, pero sobre todo a mi abuela.

Las abuelas son especiales y las madres, únicas. Durante mi infancia, mis recuerdos más tiernos van de la mano de mi madre a mi abuela, Milagros Calleja Villanueva, el auténtico motor familiar que cuidaba y mimaba a los suyos como si le fuera la vida en cada atención o en cada caricia. Quizá haber parido once hijos, sobrevivir solo seis y enviudar con bastante vida por delante, te hace querer con más intensidad.



Una buena parte de mis inicios me llevan a Reinosa, donde nacieron mis abuelos, Milagros y Blas. Éste pasó buena parte de su vida buscando sus orígenes por los montes, pues recién nacido lo dejaron en la iglesia de San Sebastián para ser recogido y criado por una buena familia de labradores. Mi abuelo Blas, al que nunca conocí, pero al que, según dicen mis tías, me parezco en la actitud ante la vida, forjó la suya, al igual que mi abuela, a base de sacrificio, de principios y de valores; valores de una tierra cántabra que comparten con esta tierra canaria. Quienes hemos nacido aquí y allí, sabemos que nadie nunca nos ha regalado nada, lo hemos peleado siempre: en la mar, en la montaña. Quizá, por eso, aunque seamos norte y sur, nos entendemos tanto.

Laredo, Arredondo, Astilleros fueron los pueblos cántabros en los que la familia San Sebastián Calleja iba aumentando. Los destinos de mi abuelo como guardia civil les llevaron a recorrer parte de la geografía de la región, con alguna incursión en zonas limítrofes como Vergara, en Bilbao, hasta el último destino, Canarias. Primero en Santa Cruz de Tenerife, donde nació mi madre y luego, Las Palmas de Gran Canaria, de donde nunca se movieron, hasta que mi abuelo se retiró, ya como teniente.

Fueron años de posguerra duros en lo social, en lo económico y en lo vital. Años que marcaron a muchas generaciones y a todo un país. Tiempo que necesariamente debe ser conocido para evitar que la historia se repita.

Quienes habitamos en ambas regiones compartimos puertos marineros que nos abrieron al mundo y forjaron la idiosincrasia de nuestra gente, a una colectividad transgresora, luchadora, creativa y solidaria donde las haya.

Puertos que, como ya dije cuando pregoné las Fiestas de la Naval en 2007, refiriéndome al Puerto de La Luz, atraían a hombres y mujeres venidas de todas partes que se fueron asentando en este lugar atraídos por las posibilidades que ofrecía esta potente infraestructura. Un Puerto estratégicamente situado que era escala obligada en la ruta hacia América y hacia África, que se convirtió en el espacio de avituallamiento, de descanso y de abrigo de los navíos que surcaban el océano Atlántico. Era un continuo ir y



venir de naves, de mercancías, de gentes y de ideas, de ilusiones, de esperanzas. Era y es una puerta abierta al mundo, una puerta abierta al de afuera.

Muchos son los que vinieron de todas partes y poblaron las isletas, trabajando en los astilleros, en los mesones, contratando tripulaciones para los navíos, en las compañías, principalmente inglesas, ligadas al Puerto.

Pero también fueron muchos los que desde este Puerto y desde este espacio de La Luz partieron en busca de un destino mejor, a “hacer las Américas”, dejando atrás su isla y sus familias para emprender el viaje. Un viaje de ida sin vuelta más que en el imaginario de muchos. Viajes que también se hicieron, en menor medida, desde Cantabria, unos al interior de nuestro país, preferentemente a Andalucía, a los que denominaban “jándalo o emigrante montañés” o los que se iban a hacer las Américas, especialmente, Méjico, y al regresar eran conocidos como los “indianos”.

Una emigración que, a lo largo del pasado siglo, se ha intensificado en los pueblos de montaña de Cantabria, donde los destinos no solo eran América, País Vasco, Santander u otros lugares de España, sino, sobre todo, Europa, pues el sector primario no aportaba el sustento necesario. Hoy, como saben, el turismo de montaña ha abierto nuevos modos de vida.

Coincidiremos en que el hambre, la necesidad y los anhelos de buscar una vida mejor fueron los argumentos potentes de la emigración.

Ahora, en pleno siglo XXI, son otros los que quieren salir del horror y venir a la tierra de la utopía donde todo, para ellos, sigue siendo maravillosamente posible. Son las historias de miles de hombres y mujeres que teniendo como futuro un horizonte inalcanzable, aspiran a alcanzar un mañana mejor.

La historia, como decía el griego Tucídides, es un incesante volver a empezar. La historia de la Humanidad es la historia de las migraciones y hoy la globalización está hecha de grandes flujos migratorios, donde la desesperación de la pobreza y la esperanza de un futuro mejor suscitan el espíritu emprendedor migratorio.



Europa afronta en la actualidad la mayor crisis de refugiados conocida. Son cientos de miles de personas que han arriesgado sus vidas cruzando el Mar Mediterráneo. Muchos de ellos se han quedado en el intento, hasta tal punto, que el mar de las grandes civilizaciones se ha convertido en un gran cementerio de vidas y de esperanzas.

Hoy, amigos y amigas, reivindicamos una nueva vida y mejor, y como expresión de ello, todo lo que aglutina sentimientos y tradiciones, como es la celebración de nuestra fiesta a la Virgen de la Aparecida. Y como toda fiesta que se precie, la lectura del pregón anuncia el comienzo de la fiesta, de la alegría, de la tradición, de la devoción, del recuerdo y del encuentro.

Cantabria, cuna de Menéndez Pelayo, de José María de Pereda, de María Blanchard, de Gerardo Diego, de Enrique Gran y de José Hierro, de tantos nombres ilustres. Tierra también de artistas y mujeres sensibles, como se acredita en Historia y antología de la poesía femenina en Cantabria, editada por Saiz Viadero en 1997, en el marco de las primeras jornadas institucionales por la igualdad de oportunidades, promovidas por la Asamblea Regional de Cantabria. “La palabra poética es eficaz, es siempre útil para confirmar o cambiar nuestra percepción de las cosas”, escribe el propio editor. Y es que, en efecto, las mujeres poetas, representan, en esa antología, un sello distinguido, un hecho verdaderamente singular y relevante en la historiografía literaria de Cantabria.

Pero como les decía al principio, la vida siguió su camino hasta hoy, donde me encuentro compartiendo vivencias que la memoria de Galeano guardó para ser contadas. Vivencias que me asientan en mis islas afortunadas y me llevan cada año al remanso de los Picos de Europa y al Valle de Liébana. Esos Picos majestuosos que me sirven de abrigo y refugio, como lo han hecho a lo largo de la historia fecunda de nuestro país.

Ese refugio que da bríos para acometer las gestas más extraordinarias o simplemente para empezar un nuevo año con nuevos horizontes y esperanzas renovadas. Sí, sin saberlo, el destino me trasladó a la montaña, donde encuentro en el frío del invierno, el calor amoroso de los pueblos que serpentean el río Deva: Potes, Cosgaya, Camaleño, Las Ilces, Espinama, Fuente Dé, Mogroviejo y, especialmente, Tanarrio, me acogen año tras año.



Allí encuentro una paz y una vida que no sabía que buscaba pero que el destino de mi familia me aguardaba y que mi memoria, como dice Galeano, guarda y guardará para siempre. Porque como decía la escritora santanderina Concha Espina, en la novela La esfinge maragata:

“Yo necesito un mundo que no existe,

el mundo que yo sueño,

donde la voz de mis canciones halle

espacios y silencios;

un mundo que me asile y que me escuche;

¡lo busco, y no lo encuentro!”.

Amigas, amigos: Yo creo que, gracias a mi familia, sí lo he encontrado en mis dos tierras, Canarias y Cantabria:

Muchas gracias.

¡¡¡Viva la Bien Aparecida!!!